

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1924

Lunes 22 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La geografía de monsieur Fatah*, por Manuel Gálvez.—*Como un cuento*, por Clara Diana.—*Nuevo descubrimiento de América*, por E. Ruiz de la Serna.—*Julián del Casal*, por Félix Lisazo y J. A. Fernández de Castro.—*Oración a Cristo*, por Ecco Neli.—*Herejía*, por Carlos Luis Sáenz.—*La Escuela-milagro*, por Frank Tannenbaum.—*Artistas y literatos argentinos solicitan un premio para Lugones*.—*Dos capítulos*, por Justo A. Facio.—*Discurso*.—*¿De veras hay San Nicolás?*—*Versos de Julio Mercado*.

La geografía de monsieur Fatah

(De *Caras y Caretas*, Buenos Aires)

EN mis tres semanas de Túnez yo no había aprendido una palabra de árabe. En vano pasábame las horas con los textos bajo los ojos, en aquella terraza del hotel desde la que se divisaban, en ciertos momentos del día las colinas, ilustres y desoladas, de Cartago.

Aquel idioma parecíame la cosa más difícil que se hubiese inventado en el mundo. Estudiaba las gramáticas y vocabularios que comprara en una librería y, cuanto más los comparaba unos con otros, más ininteligible hallaba aquella lengua. Debí renunciar a mi sincero deseo de conocer, siquiera insuficientemente, el idioma de mis probables antepasados.

Quince días en las bellas soledades de Hammam-Meskoutine me hicieron olvidar el fracasado aprendizaje del árabe. Pero al llegar a Argel, después de una helada noche de viaje, resolví comenzar otra vez mi tentativa.

Hay en la maravillosa ciudad de Argel toda clase de encantos para el viajero artista: las mezquitas, misteriosas y solitarias; las casas de la vieja ciudad, escalonadas desde considerable altura y que en su prisa de llegar pronto al puerto, bajan amontonadas, metiéndose una casi encima de otra, empujándose a codazos, torciendo bruscamente como en busca de mejor camino; el pueblito de El-Biar, con sus jardines de rosas y aquellas *villas* de ensueño de perfecta blancura, que fueron propiedad de los grandes señores turcos; la campiña que rodea a la ciudad, en la que de cuando en cuando sorprende la blanca tumba de algún marabú; la iglesia de nuestra Señora de Africa, frente al mar, sobre salvajes barrancas y cuya belleza ha sugerido a Gabriel Alomar una de las más admirables páginas de su talento de artista; las bailarinas árabes, con sus sensuales y lánguidas danzas y sus cantos melancólicos; y en una palabra, la vida entera de la ciudad. Pero no voy a evocar ninguna de estas bellezas. Sólo quiero recordar por ahora un episodio, en cierto modo pintoresco, relacionado con mi aprendizaje del árabe.

En la importante Librería Jourdan, que vende todas las novedades de París, pedí que me recomen-

dasen un buen profesor de árabe. Indicáronme a monsieur B. Fatah, autor de varios textos y director de una escuela árabe-francesa. Encontré a monsieur Fatah en su escuela, rodeado de niños, algunos de los cuales cubrían su cabeza con la roja *chachia*.

Monsieur Fatah era negro, pero debía tener sangre árabe o kabila o quizá europea, porque su color negro estaba como gastado o envejecido. Monsieur Fatah era alto, serio sin estiramiento y de maneras amables. Pertenece a la religión musulmana. Autor de textos, como dije, tenía en Argel prestigio intelectual, y había representado a la enseñanza colonial en un reciente congreso pedagógico que se celebrara en París.

Comenzaron las lecciones en el hotel. Los ingleses, yanquis y alemanes que se alojaban en aquel hotel del bello barrio de Mustapha, miraban con curiosidad a aquel señor negro, correctamente vestido y que jamás se descubría, como si su *chachia* estuviese pegada al cráneo.

Monsieur Fatah me explicó el primer día lo que yo no comprendiera en los textos. Había dos idiomas árabes: el *regular*, o literal, como dicen los españoles, y el hablado. El segundo es un dialecto, y varía en todos los países de lengua árabe. El primero es el idioma del Corán, y en él se escriben los libros y los periódicos, de cualquier índole que sean. Este idioma admirable, de una lógica perfecta, debe ser escrito en forma rítmica y rimada; y así los editoriales de los periódicos de agricultura o las noticias de policía de los diarios árabes nos hacen pensar un tanto en la literatura de monsieur Paul Fort. La explicación de mi maestro fué lo bastante para concluir con las dificultades que yo encontraba en el árabe. Lo estudié con pasión, con rara pasión. En un mes yo manejaba el diccionario árabe francés, cosa por cierto nada fácil dada la índole de aquel idioma. Recuerdo que a las seis semanas monsieur Fatah me dijo: «Ha aprendido usted en mes y medio lo que mis alumnos franceses aprenden en siete años». Monsieur Fatah no se explicaba mis progresos, y los atribuía a que, con toda seguridad, yo tenía antepa-